



Hace mucho que Borg dejó de disfrutar jugando al tenis.

EL tenis ha recorrido un largo camino desde los tiempos en que era practicado en clubs de campo reservados a las clases elevadas. Los deportes, como todas las actividades que ocupan nuestras horas de esparcimiento —la lectura, la música, las artes dramáticas o los viajes al extranjero—, se han vuelto más «democráticos» en el sentido de que participa en ellos una proporción de la población considerablemente superior a

la que lo había hecho hasta ahora.

Nunca se ha puesto esto más en evidencia que en Flushing Meadows, cuando John McEnroe derrotó a Bjorn Borg en el torneo *open* de Estados Unidos, ante un estadio abarrotado de consumidores de hamburguesas, cerveza y refrescos, e innumerales millones de espectadores del mundo entero, ocupados de manera parecida en comer y beber delante de sus televisores.

Pero al mismo tiempo, nunca fue tan evidente que, incluso en los deportes que practicamos o presenciamos, nos hemos convertido en consumidores, y que no hay tregua en la constante manipulación de que somos objeto

por parte de los expertos en marketing que tienen algo que vendernos.

De todos los atletas de nuestro tiempo, ninguno de ellos ha llegado a personificar el aspecto comercial de los deportes modernos tan bien como Borg. Como atleta «profesional» —es decir, como alguien que juega por dinero, más que por disfrute personal—, ha alcanzado la cima. Indudablemente, de pequeño, Borg gozaba jugando al tenis; pero eso fue

TOMAS G. BUCHANAN

hace mucho, antes de que se viese obligado a practicar horas y horas durante todos los días de su vida. Ahora que su oficio es el tenis, no hay más que observar su expresión para comprender que, salvo en algunos momentos de emoción en las principales competiciones, le aburre.

¿En qué consiste su trabajo, o el de cualquier otro atleta profesional? Aparte de las horas de práctica monótona y repetitiva de los fundamentos del juego —el saque, el golpe derecho, la dejada y la volea—, están las apariciones en público, en las que el atleta se convierte en vendedor. En un año bueno, Borg gana alrededor de un millón de dólares escuetamente jugando al tenis, bien en premios en metálico, en los torneos, bien en honorarios, por participar en partidos de exhibición. Pero además, gana otro millón patrocinando productos, algunos de los cuales se relacionan con el tenis (cada prenda de ropa que lleva en la cancha, por ejemplo) y otros no tienen nada que ver (como alimentos enlatados). Naturalmente, sus apariciones en público contribuyen al éxito de los productos que él patrocina, por lo que están concebidas para este fin.

Borg ha perfeccionado esta técnica hasta tal punto que incluso su vida privada se ha convertido en mercancía que él vende gustosamente al mejor postor (las fotografías íntimas de su luna de miel, por ejemplo). Puede decirse, que es un producto puro de una economía de mercado, un atleta reducido a artículo de consumo.

Millones a raquetazos **EL TENIS** **ARTICULO DE CONSUMO**

En muchos aspectos, John McEnroe es la antítesis de Borg. No ha aprendido como Borg a ocultar sus emociones auténticas a fin de convertirse en una máquina perfecta de ganar dinero, y los medios informativos no le han perdonado su comportamiento demasiado humano. Un ejemplo excelente es la actitud de la Prensa británica con respecto a McEnroe, este año. Cuando llegó para prepararse para el torneo de Wimbledon, le pidieron que asistiese a una conferencia de Prensa, y una vez allí le hicieron repetidas

preguntas sobre sus relaciones con Stacy Margolin, joven que también practica el tenis profesional y con la que se decía que estaba prometido. ¿Es cierto, insistían una y otra

vez los periodistas ingleses, que van a romper, que han tenido una pelea, que ya no se ven? Tras varias preguntas de este género, McEnroe manifestó que no tenía intención de hablar de su vida privada con ellos, e insistió en que limitaran sus preguntas al tema del tenis. Viendo que las preguntas que le dirigían no eran amables, se marchó furioso, y la Prensa británica describió esta reacción como «una pataleta», y una muestra del desprecio de McEnroe por sus lectores. Durante el torneo mismo, no dejaron de mostrar animadversión hacia él, hasta extremos a los que nunca se ha visto sometido un atleta extranjero, en un país que de ordinario carece de chauvinismos de esta naturaleza. Quizá no sea del todo ajeno a este fenómeno el hecho de que McEnroe es de origen irlandés, y de que la comunidad irlandesa de América, que ha quemado recientemente una bandera inglesa en una manifestación pública de simpatía por los católicos de Irlanda del Norte, sea antibritánica del mismo modo que la comunidad judía es antiárabe. En cualquier caso, cuando McEnroe preguntó a las autoridades del club de Wimbledon si podía invitar a dos amigos irlandeses a su banquete de la victoria, no sólo le denegaron la petición, sino que retiraron su propia invitación.

La Prensa británica no es la única en atacar a McEnroe. La Prensa americana viene dando ejemplo desde hace años, y un artículo recientemente aparecido en NEWSWEEK le describía en la portada como «el campeón al que gusta odiar». El público, manipulado de este modo por la Prensa, manifiesta su hostilidad hacia McEnroe cada vez que aparece en la cancha de tenis, por ejemplo, aplaudiendo cuando comete doble falta en el servicio: grosería que supera las peores ofensas de las que se le acusa. Esta hostilidad sería comprensible si McEnroe fuese dado a insultar a su adversario, a hacer trampas o a otras formas de conducta inadmisibles en cualquier deporte. De lo único que se le acusa es de protestar con vehemencia, algunas veces, decisiones arbitrales que le perjudican, cosa que en América suelen hacer los atletas de todos los deportes, donde se muestran menos respetuosos con las autoridades deportivas que los británicos, por ejemplo. En los trozos televisados del reciente *open* de Estados Unidos tuvimos ocasión de observar el comportamiento de Gerulaitis y de Connors en circunstancias parecidas. Ge-

raulaitis se puso tan furioso cuando un juez de línea se pronunció en contra suya en un tanto decisivo para el partido, que tuvo a McEnroe esperando en la red más de un minuto, antes de ir a estrecharle la mano para felicitarle; en cuanto a Connors, empleó un lenguaje desusadamente obsceno en una disputa con el árbitro durante su partido con Borg. Los medios informativos tienden a exagerar la importancia de tales incidentes en el caso de McEnroe para mantener la imagen pública que ellos han presentado de él al público. Hay sólidas razones comerciales para describir a determinados jugadores como héroes, y a otros como villanos: esto atrae a la multitud, que paga para animar al atleta supuestamente virtuoso contra el imaginado villano. En la lucha libre profesional —que constituye un espectáculo teatral y no un deporte—, esta práctica es universal; pero resulta relativamente nuevo utilizar la misma técnica en un deporte como el tenis.

Es el signo de la comercialización que ha sufrido el deporte desde que la televisión lo convirtió en mercado de masas, ganándose en cada partido millones de dólares en publicidad, de los que los propios jugadores no perciben nada en absoluto. El canal de la televisión francesa que retransmitió el partido semifinal entre McEnroe y Gerulaitis, por ejemplo, interrumpió la transmisión en cuatro ocasiones para insertar publicidad, una de las cuales duró más de 10 minutos y ocupó un momento crucial del partido. Ni siquiera la televisión americana, atenta siempre a los beneficios, se habría atrevido a semejante intrusión en una retransmisión directa; en Estados Unidos, la propaganda comercial se limita exclusivamente a los intervalos en que descansan los jugadores.

Ya no puede ponerse en duda la supremacía de McEnroe sobre Borg, puesto que ha derrotado al anterior campeón tres veces seguidas en este año: en Milán, en Wimbledon y ahora en Flushing Meadow. Sería un error atribuir esto a un declive de Borg, que continúa derrotando a todos sus otros adversarios —a Connors y a Tanner, por ejemplo— con el implacable dominio que siempre ha exhibido. Más bien, el cambio se debe a los continuos progresos de McEnroe. De chico, practicó diversos deportes y destacó en muchos de ellos, antes de decidir concentrarse en el tenis. A los 18 años, se reveló lo bastante bueno como para llegar a la semifinal en Wimbledon, siendo el primer jugador masculino en hacerlo a esa edad. Naturalmente, al principio perdió casi todos sus partidos contra Borg; pero ahora que ha alcanzado la madurez,



John McEnroe,
antítesis de Borg

ha logrado ya un récord de 7 sobre 7 contra su único rival importante.

Puede afirmarse razonablemente que, a los 22 años, John McEnroe es el jugador más grande de la historia del tenis. ¿Es también el más antipático, como insisten sus críticos? No puede negarse que a menudo es irrespetuoso con las autoridades de los torneos; pero las repeticiones, en la televisión, de las decisiones que él protesta muestran que, en la mayoría de los casos, la queja de McEnroe es justificada y no revela complejo de persecución por su parte. Igualmente se indigna a veces cuando su contrario es víctima de una decisión injusta: en un momento extremadamente crítico de su partido contra Borg, en el *open* de Estados Unidos de 1980, al privársele a Borg injustamente un tanto, tiró la siguiente pelota deliberadamente hacia la multitud para compensar el error arbitral. La mayoría de los observadores han considerado excesivo el número de tales errores en el torneo de este año, debido a la utilización de dos jueces de línea tan sólo —en vez de los cuatro que se necesitan—, al parecer como medida de economía, adoptada por los organizadores, preocupados por los beneficios. Asimismo, consideraciones comerciales dieron lugar a que los organizadores del torneo francés Roland-Garros de este año insistieran en que McEnroe, Connors y demás contendientes siguieran jugando en canchas que se habían vuelto resbaladizas por la lluvia, antes que aplazar los partidos y devolver el importe de las entradas. El espectáculo de los jugadores protestando por tener que jugar un «game» que no querían, fue una dramática ilustración de en qué se han convertido los deportes en una sociedad de consumo.

Aunque ahora ha pasado a ser el segundo de los tenistas del mundo, Borg sigue siendo campeón indiscutible en el arte de adaptarse a las necesidades de una economía de mercado. Puede que no volvamos a ver a otro igual. Fiel a su propia lógica, se exilió de su país de origen, Suecia, para eludir los elevados impuestos del régimen socialista, entonces en el poder. Ya no representa a su país en los partidos de Copa Davis, a diferencia de McEnroe, que sacrifica el dinero que podría ganar en los torneos durante ese tiempo. Hay cosas, efectivamente, que McEnroe se niega a hacer por dinero. Una de ellas, por ejemplo, es jugar en países que practican el *apartheid*. Los sudafricanos le ofrecieron un millón de dólares por participar en un torneo en su país. McEnroe rechazó rotundamente el ofrecimiento. ■ T.G.B. (Traducción Francisco Torres Oliver)

AZTLAN, EL INFIERNO RECOBRADO

FELIPE MELLIZO

SUBITAMENTE, el último verano, me llamó por teléfono Tino Villanueva. Antes me había escrito, para comentar una nota que firmé hace unos meses en estas mismas páginas bajo el título *Letras que entran con sangre* (TRIUNFO, febrero 1981). Se trataba de un urgente escrito sobre la literatura chicana.

Tino Villanueva es un chicano. Nació en San Marcos, Texas, en 1941. Hace, pues, poco tiempo, pero el suficiente para que Tino haya escrito ya una autobiografía. Breve, dramática por su sencillez y hermosa por su lenguaje (1). *Tuve otros dos hermanos —dice— pero murieron a poco de nacer. Y añade: Mi padre trabajó en una embotelladora y mi madre en un taller de costura. Esto se agotó en poco tiempo, por lo cual se vieron sin otra opción que la de volver a la labor, como decimos, o sea, a hacer faenas de campo (cortando cedro, desahijando y pizcando el algodón), con la excepción de la temporada 1944-*

1945, cuando mi madre fue costurera en una pequeña empresa fabricante de pantalones de mezclilla azul para la marina.

Después, Tino hizo muchas cosas: malgraduarse en la San Marcos High School, trabajar en una fábrica de muebles de Chicago y servir como soldado U.S.A. nada menos que en la Zona del Canal de Panamá, en Fort Clayton. Allí se acercó por primera vez a Rubén Darío, a José Martí, a Porfirio Barba (*hay días que somos tan móviles, tan móviles como las leves briznas al viento y al azar...*). Luego, Licenciado en Arte por la State University de Nueva York, en Buffalo y becario en la Universidad de Salamanca. Como el mundo da muchas vueltas, fue discípulo de Caballero Bonald en uno de los cursos de verano de Bryn Mawr. Ahora es profesor del Wellesley College, en Boston, y ha publicado una buena colección de artículos, ensayos, crítica y cuentos.

Lo que quería Tino cuando, súbitamente, me llamó por teléfono el último verano, era entregarme un libro: *Chicanos: Antología histórica y lite-*



Reies López Tijerina.